

Ciencias sociales e historia en los Estados Unidos: El nacionalismo como tema central

José Alvarez Junco

Ante la imposibilidad de comentar en un artículo la producción sobre ciencias sociales e historia en el mundo norteamericano, limitaré estas páginas a tratar del tema del nacionalismo, que no sólo ha gozado de un bien ganado protagonismo dentro de la producción académica de los últimos dos años, sino que es un excelente nexo de unión entre la historia y otras disciplinas y enfoques intelectuales.

Pocos problemas histórico-políticos habrán experimentado en las últimas décadas una revolución en su tratamiento científico comparable a la sufrida por el nacionalismo. Todavía en los años cincuenta y primeros de los sesenta, Carlton Hayes o Hans Kohn -los «padres fundadores gemelos» del estudio académico del nacionalismo, según los llamó Eric Hobsbawm- situaban sus trabajos dentro del campo de la *historia de las ideas* políticas. Se trataba de determinar los orígenes intelectuales de la teoría de la soberanía popular (Rousseau) y del concepto mismo de nación (Herder), así como las elaboraciones de artistas o ideólogos que habían cantado las características culturales y diseñado las exigencias políticas de cada grupo nacional concreto. El fenómeno peculiar del mundo contemporáneo, por tanto, se suponía que había sido el surgimiento de la *conciencia* del hecho nacional y de los derechos políticos derivados del mismo.

Por debajo de ello latía la presunción de que la humanidad se hallaba y se había hallado siempre dividida de manera natural en pueblos o naciones, correspondientes a los grupos raciales o lingüísticos reconocibles por rasgos externos patentes. A partir de ahí, se su-

ponía, nacían espontáneamente sentimientos de solidaridad interna y diferenciación externa y, con el despertar moderno de la conciencia de derechos políticos, exigencias de un marco estatal propio. La nación era, pues, lo «natural», el dato previo, y el Estado lo artificial, la creación humana. Una falta de ajuste entre una y otro constituía la clave de los problemas contemporáneos. Lo que implícitamente conducía a una propuesta obvia: sólo la adecuación de las fronteras de los Estados a las «realidades» étnicas evitaría, a largo plazo, conflictos enconados, potencialmente violentos. Este fue el planteamiento que llevó a la consagración del principio jurídico-político de la autodeterminación de los pueblos, uno más en la lista de los derechos «humanos» (idea muy expresiva de la asimilación de las naciones a unidades orgánicas) defendidos por liberales y progresistas del mundo entero en los últimos ciento cincuenta años.

La sencillez y fuerza lógica de la fórmula, y su intento de universalización, han llevado a infinitos y en ocasiones trágicos problemas derivados del imposible ajuste de la compleja y abigarrada red de culturas humanas a compartimentos políticos nítidamente correspondientes a pueblos o naciones puros. Quizá fuera esta imposibilidad práctica lo que obligó a repensar muchos de los presupuestos en que se basaba la visión clásica del problema. Por poner una fecha arbitraria, el inicio del giro podría situarse en 1961, con el libro de Elie Kedourie *El nacionalismo*¹. Kedourie partió de la introducción académica tópica sobre la dificultad de determinar los ingredientes cruciales que componían las identidades nacionales (raza, lengua, religión, territorio, pasado histórico común), lo que le llevó a la inevitable conclusión de que ningún «factor objetivo» era universalizable ni suficiente por sí mismo para fundamentar el hecho nacional. Nada nuevo hasta ahí; muchos autores habían llegado a ese punto, sin abandonar por ello la creencia en las «naciones». En general, salían del apuro añadiendo un componente irracional o misterioso, una referencia a lo que los románticos habían llamado el «espíritu del pueblo» y Renan democratizó como el «plebiscito cotidiano» (lo que Ortega, de manera más rebuscada, reformuló como «proyecto sugestivo de vida en común»). En definitiva, eran naciones aquellos grupos humanos cuyos miembros expresaban la voluntad de ser una nación;

¹ KEDOURIE, ELIE, *Nationalism*, Londres, Hutchinson, 1961 (trad. al castellano: Centro de Estudios Constitucionales, 1985).

una interpretación democrática de la identidad que los fascistas, menos dados a vincular voluntariamente a la gente a sus proyectos, habrían de volver a irracionalizar y convertir en «destino» providencial.

Pero la dureza lógica de Kedourie no se conformaba con recurrir al factor subjetivo aportado por Renan. El plebiscito cotidiano -seguía- era, para empezar, una base excesivamente volátil para cimentar unidades políticas estables; en segundo lugar, era una mera ficción, pues ningún Estado aceptaría que su autoridad fuese diariamente cuestionada por sus ciudadanos. Los Estados, por el contrario, se cuidaban muy mucho de asegurarse la adhesión de la población, o el resultado de ese informal plebiscito diario que era la base de su legitimidad, por medio de una constante tarea de *educación* de la voluntad de la colectividad, es decir, imprimiendo en los ciudadanos desde la más tierna infancia la identidad nacional y, con ella, el deseo de ser miembros de la entidad política que la representaba.

Ello contradecía las bases mismas de la reivindicación nacionalista. Un sentimiento que tenía que ser inculcado no podía ser «natural»; y si era el Estado el encargado de inculcarlo, no eran las naciones las que precedían a los Estados, sino a la inversa. Más aún: no sólo los Estados eran previos a las naciones, sino que, como escribió Wallerstein unos años más tarde, eran un prerrequisito para el surgimiento de éstas²; lo político, en resumen, precedía a lo étnico.

A este vuelco del planteamiento en el mundo de la historia política y de las ideas se añadió la evolución que venía produciéndose en el terreno de la sociología; una ciencia que, influida sin duda por los nuevos fenómenos nacionalistas en los Estados poscoloniales, despertó al fin al problema y comenzó a arrebatarlo a los historiadores y a sacarlo del marco europeo. Ya en los cincuenta, Karl Deutsch había relacionado el surgimiento del sentimiento nacional con los nuevos procesos de comunicación social desarrollados a partir de la modernización, esto es, con la ruptura de los lazos de lealtad a las comunidades tradicionales (tribu, pueblo, comarca)³. Anthony Smith, que publicó en 1971 el primero de sus varios libros sobre el tema⁴,

² WALLERSTEIN, IMMANUEL, *The Modern World System*, Nueva York, Academic Press, 1974, I, 145 (trad. al castellano: Madrid, Siglo XXI, 1979).

³ DEUTSCH, KARL, *Nationalism and Social Communication*, Cambridge, M.I.T. Press, 1954.

⁴ SMITH, ANTHONY D., *Theories of Nationalism*, Londres, Duckworth, 1971, (trad. al castellano: Barcelona, Península, 1971). Obras posteriores: *Nationalism in*

insertó también el fenómeno nacional en el proceso de modernización. Según este autor, se trataría de una respuesta de las élites culturales ante la contradicción entre las identidades y la cosmovisión religiosa tradicionales, por una parte, y el Estado «científico» o moderno, por otra (definido como organización política que administra los asuntos públicos de forma racional y calculada con el fin de elevar el nivel de vida del conjunto social, y para ello centraliza y homogeneiza culturalmente). En esta situación de *impasse* o «legitimación dual», la *intelligentsia* reformista ofrece, con el nacionalismo, una mezcla de eficacia modernizadora y reafirmación en la identidad tradicional.

A comienzos de los ochenta, también desde Inglaterra, Benedict Anderson volvió a relacionar nacionalismo y procesos de comunicación e interacción social, pero esta vez proyectándolo hacia una etapa histórica anterior⁵. Para Anderson, serían procesos culturales tales como la invención de la imprenta y la reforma protestante los que habrían posibilitado la creación de nuevas identidades colectivas -«comunidades imaginarias» según su afortunada expresión- mucho más amplias que las anteriores.

Pero si Anderson consagró el término, la explicación de mayor éxito fue la que, en la misma época, ofreció Ernest Gellner, politólogo centroeuropeo también afincado en Inglaterra. Aparte de la brillantez, el modelo de Gellner tenía el atractivo de la monocausalidad: el nacionalismo sería un producto directo de la industrialización y la modernización⁶. El intenso intercambio mercantil y la estandarización de la producción industrial requirieron, por una parte, amplios espacios culturalmente homogéneos; por otra, ese mismo proceso industrializador y las relaciones de mercado crearon una nueva estratificación social y una nueva organización política, «no naturales», es decir, carentes de legitimidad tradicional. Ante todo ello, los Estados y las élites dirigentes encontraron en el nacionalismo el instrumento que facilitaba el crecimiento económico, la integración social y la le-

the Twentieth Century, New York University Press, 1979; *The Ethnic Origins of Nations*, Nueva York, Blackwell, 1987; *National Identities*, Londres, Penguin, 1991.

⁵ ANDERSON, BENEDICT, *Imagined Communities*, Londres, Verso, 1983.

⁶ GELLNER, ERNEST, *Nations and Nationalism*, Oxford, Blackwell, 1983 (trad. al castellano: Madrid, Alianza, 1988). Previamente le había dedicado larga atención en obras como *Thought and Change*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1964, especialmente cap. 7.

gitimación de la estructura de poder. Exactamente al revés de lo que Marx pensaba (que el mundo industrial capitalista terminaría con los sentimientos nacionales y generaría exclusivamente enfrentamientos basados en el interés de clase), ahora la sociedad entera pasó a organizarse alrededor de la cultura nacional, base a la vez del crecimiento económico, de la autoridad del Estado y de los derechos políticos de la mayoría de los ciudadanos. El nacionalismo no era, pues, sólo una «invención» -término usado por Kedourie, y más tarde consagrado por Hobsbawm-, sino una invención interesada, funcional, consecuencia de, y respuesta a, un cambio estructural en el papel de la cultura.

Es obvio que no todas estas líneas de investigación apuntaban en la misma dirección. Pero sí coincidían en algunos rasgos comunes. En primer lugar, todas tendían a *relativizar el nacionalismo*, a reducir su lugar en la historia humana. Las naciones, frente a la clásica aseveración de Walter Bagehot de que eran «tan viejas como la historia», se veían ahora como un producto, bastante reciente, de la modernidad. La mayor parte de la historia humana había conocido muy diferentes tipos de organizaciones políticas (desde las pequeñas unidades tribales hasta los imperios burocráticos centralizados, pasando por las ciudades estados, el feudalismo o las monarquías patrimoniales) cuyas fronteras no coincidían con «naciones» o unidades étnicas. Como tampoco coincidía con éstas la identificación de los súbditos, que solía proyectarse hacia comunidades mucho más pequeñas (parroquias, aldeas, comarcas, gremios, barrios), insertas a su vez en mundos culturales mucho más grandes (la Cristiandad, el Islam). El hecho de que el monarca o el noble fueran «extranjeros» no parece haberse considerado tan contrario al orden natural de las cosas como pasó a verse en el mundo contemporáneo. Sólo el romanticismo se inventó el «principio de las nacionalidades»,¹⁰ que significó, además de un intento de adecuar las fronteras políticas a las unidades étnico-culturales, toda una reinterpretación de la historia anterior en términos nacionales.

La segunda contribución de las investigaciones recientes se relaciona con la *artificialidad* de las identidades nacionales. Como escribió James Anderson en 1986, «las naciones han sido creadas, y creadas en una época relativamente reciente, por el nacionalismo y los na-

cionalistas» 7. Los sentimientos nacionales, lejos de surgir espontáneamente, son inculcados intencionadamente con un propósito político, bien sea por el Estado (al que es útil su función integradora del cuerpo social) o bien por élites políticas rivales, interesadas en alterar las estructuras existentes.

La «etnicización» de la *polity*, es decir, la difusión por parte del Estado de pautas culturales y lingüísticas oficiales entre sus ciudadanos, ha sido un programa explícito de los gobernantes de los Estados-nación creados en los siglos XIX y XX. En Europa, Massimo D'Azeglio lo dijo en 1870: «ya tenemos Italia; ahora hay que crear italianos». Algo semejante se planteó e hizo en países de inmigrantes como Argentina o Estados Unidos (donde todavía hoy se canta el himno nacional o se jura diariamente la bandera en las escuelas primarias) o recién descolonizados. Es comprensible. Pero 10 interesante, y que realmente altera nuestras presuposiciones sobre la antigüedad de los pueblos, es que un proceso de etnicización semejante se produjo en los Estados europeos procedentes del Antiguo Régimen. En toda Europa, en el siglo XIX, se inventaron banderas y fiestas nacionales, himnos patrios, ceremonias y ritos colectivos que sustituyeron a los viejos rituales reales, se crearon instituciones culturales que cultivaban la idea de lo «nacional»... Sólo las entidades políticas que supieron llevar a cabo tal proceso con éxito consiguieron sobrevivir. Otras, como el imperio de los Habsburgo, o el otomano, o la república veneciana, pese a una tradición histórica de muchos siglos, desaparecieron.

Francia suele presentarse como el caso de mayor «éxito», en términos de construcción de una fuerte identidad cultural por parte del Estado. De acuerdo con los estudios, verdaderamente apasionantes, de historiadores como Eugen Weber, Theodore Zeldin o el propio Charles Tilly⁸, sabemos hoy cómo los gobiernos, desde el jacobinismo hasta la Tercera República, consiguieron convertir a «campesi-

7 ANDERSON, JAMES, *The Rise of Modern State*, Nueva York, Harvester, 1986, p.115.

8 WEBER, EUGEN, *Peasants into Freemen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford University Press, 1976; ZELDIN, THEODORE, *France 1848-1945. MleLlecl and Pride*, Londres, Clarendon Press, 1977; TILLY, CHARLES, *The Contentious French. Four Centuries of Popular Struggle*, Harvard University Press, 1986; cfr. de WEBER también *France, Fin de Siecle*, Harvard University Press, 1986 (trad. al castellano: Madrid, Debate, 1991).

nos» en «franceses», principalmente por medio de la educación estatal y el servicio militar obligatorio. En cuanto a Gran Bretaña, también Eric Hobsbawm o Ralph Samuel han analizado la invención de tradiciones nacionales desde finales del siglo XVIII y durante todo el XIX⁹. Para Alemania, Georg Mosse ha investigado y expuesto con envidiable finura el proceso de «nacionalización de las masas» que terminaría en el nazismo: el sentido de pertenencia a la comunidad se lograba, en ese caso, por medio de la participación en desfiles, manifestaciones, mítines, o por la incorporación al paisaje urbano de monumentos patrióticos; toda una «participación» que nada tenía de institucionalizada ni de democrática, pero que, según parece, satisfacía suficientemente al público al que iba destinada¹⁰.

A comienzos de la década de los noventa, pues, los historiadores -que nunca, en realidad, habían abandonado el tema 11_ se habían sumado al esfuerzo investigador de sociólogos y politólogos por renovar los términos del problema. La tendencia, sin embargo, a encerrar el nacionalismo en marcos estructurales, excesivamente rígidos, dominados por un número mínimo de variables independientes, contradecía la vitalidad del fenómeno -demostrada contundentemente en la prensa diaria- y su carácter proteico, su capacidad de servir de vehículo para las más variadas reivindicaciones y en contextos de ningún modo ligados necesariamente a procesos de modernización y fortalecimiento del Estado. Ha habido que seguir trabajando, pues, y diversificando las líneas de investigación, tanto en historia como en ciencias sociales. Comentaremos aquí algunos de los resultados recientes.

Puede que el primer ejemplo no sea muy justo. Se trata de una obra con pretensiones psicológicas, y la psicología es una ciencia de la que es legítimo esperar mayores y mejores resultados en relación

⁹ HOBBSAWM, E. y RANGERS, T. (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, 1983; HOBBSAWM, ERIC, *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge University Press, 1990 (trad. al castellano: Barc., Crítica, 1992); SAMUEL, RALPH (ed.), *Patriotismo The Making and Unmaking of British National Identity*, 1989, 3 vols.

¹⁰ MOSSE, GEORGE L., *The Nationalization of the Masses*, Nueva York, Fertig, 1975.

¹¹ Recuérdense CARR, *Nationalism and After*, Londres, Macmillan, 1945; o COBBAN, ALFRED, *The Nation State and National Self-Determination*, Nueva York, Crowell, 1970; especialmente importante es la tardía obra de SETON-WATSON, HUGH, *Nations and States. An Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, Londres, Methuen, 1977.

con el tema que nos ocupa¹². La nación es una de las múltiples y entrecruzadas identidades compartidas (edad, profesión, género, religión, etc.) que todos poseemos. Explicar qué resortes psíquicos moviliza y qué necesidades satisface podría ser útil para comprender cómo y por qué en determinados momentos pasa a dominar sobre cualquier otra fidelidad y vinculación, o incluso se convierte en incompatible con miembros de identidades alternativas con quienes la coexistencia ha sido posible durante siglos.

No será el libro de Endre B. Gastony *La ordalía del nacionalismo en la Europa moderna, 1789-1945* (expresivo título; la renuncia a la asepsia científica es ya mal comienzo) el que satisfaga estas expectativas¹³. Este autor propone distinguir dentro de la «mentalidad nacionalista» una serie de «fases» o niveles psíquicos en la evolución del sentimiento, que corresponden a la vez a las etapas del desarrollo histórico de los movimientos que responden a tal nombre.

El primero de estos niveles o fases sería el *durmiente-elemental*, en que el sentimiento nacional no significa más que lazo afectivo con el grupo étnico y proclividad instintiva a defenderlo. La segunda fase es denominada *emocional-cultural*, y correspondería a lo habitualmente conocido como «nacionalismo cultural»: la exaltación de la historia, lengua, tradiciones, instituciones del grupo. La tercera, *racional-doctrinal*, es aquella etapa en que los individuos asocian deliberadamente su bienestar y seguridad con los de la colectividad; ahí es cuando el nacionalismo adquiere una dimensión política, y puede convertirse en un movimiento de liberación nacional o en un impulso hacia la modernización socioeconómica, la expansión territorial o la marginación de minorías. En un cuarto momento, llamado *ideológico*, el nacionalismo, convertido ya en doctrina oficial, adquiere primacía, e incluso exclusividad, sobre cualquier otro sistema de creencias y lealtades; ocurrió bajo los fascismos. Por último, Gastony propone un nivel de completa *irracionalidad* en el nacionalismo, cuando éste, bajo circunstancias extraordinarias, inspira una agresividad incluso autodestructiva para el grupo en cuestión, como ocurrió con

¹² Como antecedentes, v. D008, LEONARD, *Patriotism and Nationalism: Their Psychological Foundations*, Yale University Press, 1964; o SHAFER, BOYD C., *Faces of Nationalism: New Realities and Old Myths*, Nueva York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1972.

¹³ CASTONY, ENDRE B., *The Ordeal of Nationalism in Modern Europe, 1789-1945*, Lewiston, N. Y., Edwin Mellen, 1992.

Hitler durante la Segunda Guerra Mundial, en que se fue enfrentando progresivamente con todas las grandes potencias del globo. Alemania es, en efecto, el «estudio de caso» que sirve a Gastony para demostrar la aplicabilidad histórica de su teoría: nacionalismo elemental en el siglo XVIII, emocional-cultural entre las guerras napoleónicas y 1848, racional-doctrinal en los años de la unificación y hasta la Primera Guerra Mundial, ideológico durante el ascenso del nazismo y completamente irracional en 1941-45.

En la elaboración conceptual de este conjunto de niveles o estadios de desarrollo, Gastony recurre a etólogos, psicólogos conductistas, antropólogos, sociobiólogos, psicólogos (ensayistas, más bien: Erich Fromm y Arthur Koestler) e historiadores como Louis Snyder. Parte de una explicación muy elemental del cerebro humano, desde el núcleo reptil a las circunvoluciones propias del mamífero evolucionado; a partir de ahí, distingue «niveles operativos», como la predisposición genética, las emociones, lo racional y el aprendizaje. Y como, según advierte al lector, «varios estudios sociológicos –por ejemplo, los de Durkheim, Weber, Simmel, Znaniecki y Bendix– han mostrado el indiscutible interés que tiene prestar atención a los factores sociales que influyen la historia moderna», hace una rápida incursión por la industrialización y la urbanización, y sus consecuencias alienantes y despersonalizadoras, especialmente para los trabajadores y las masas urbanas anónimas. Estos grupos son, según el autor, quienes recurren al nacionalismo en búsqueda de seguridad y de identidad.

Pero, frente a Gellner o Anderson (a quienes Gastony no menciona), el nacionalismo no nace de la modernidad. Los profetas nacionalistas no han podido crear un sentimiento que es en realidad eterno; se limitaron a impulsar un ascenso desde el nivel durmiente hacia el cultural-doctrinal-ideológico; y la promesa de una utopía comunitaria, junto con los intereses del «complejo militar industrial», lo elevaron al de la irracionalidad. El nacionalismo, pues, es una «fuerza impulsora elemental de la historia», un sentimiento básicamente irracional, justificable a veces como instinto defensivo de la propia cultura y del territorio, pero en conjunto más propio de la animalidad que de la civilización. Una conclusión tan general que hace inútil el esfuerzo y el tiempo que autor y lector hayan dedicado a este libro. En él se engloban demasiadas cosas bajo el nombre de «mentalidad nacionalista»; hay algo más que una diferencia de nivel entre

la conciencia de «identidad» o pertenencia a un grupo humano dotado de un conjunto de rasgos físicos y culturales, el «patriotismo» (sentimiento de lealtad y afecto hacia tal grupo), los impulsos xenófobos o racistas, el nacionalismo como ideología legitimadora de los Estados, y la política gubernamental agresiva o belicista. Y de poco sirve considerar que todos ellos son los impulsos eternos o constantes del ser humano cuando lo que queremos explicar es por qué se ha convertido en un problema político en los últimos dos siglos.

Mayor interés parecen tener en este momento obras provenientes del terreno sociológico. Desde esta perspectiva, el factor fundamental a estudiar son hoy los agentes político-culturales que crean y fomentan la movilización nacionalista. No basta con hablar del «Estado»; hay que especificar. Para empezar, porque los Estados se encuentran bajo el control de grupos de funcionarios y políticos, con diferentes ideologías e intereses según las épocas o circunstancias. En segundo lugar, porque no siempre es el Estado el «inventor» del nacionalismo, ya que hay nacionalismos que cuestionan los Estados existentes; en ese caso, hay que estudiar las élites con aspiraciones políticas, decididas a construir y controlar un marco de autoridad distinto a aquel en que viven.

Esto es lo que apuntaron Smith y Gellner, y ha sido la línea desarrollada por Miroslav Hroch en los años ochenta ¹⁴. Es también el enfoque seguido por el reciente volumen coordinado por Andreas Kappeler sobre *La formación de las élites nacionales*, sexto de la serie de estudios comparados sobre gobiernos y grupos étnicos no dominantes en Europa, patrocinada por la European Science Foundation ¹⁵. El estudio sigue fielmente las fases ideadas por Hroch, que, salvo la primera, nada tienen que ver con las de Gastony. Se trata aquí de fases de expansión de la movilización nacionalista: la primera, o fase A, corresponde al llamado «nacionalismo cultural», es decir, al desarrollo de los estudios sobre temas lingüísticos e históricos del grupo en cuestión (no dominante, siempre, en esta obra), que ni salen del ámbito de las élites cultas ni conducen a reivindicaciones

¹⁴ HROCH, MIROSLAV, *Social Pre-Conditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*, Cambridge University Press, 1985.

¹⁵ KAPPELER, ANDREAS (ed.), *The Formation of National Elites. Comparative Studies on Governments and Non-Dominant Ethnic Groups in Europe, 18.50-1940*, Dartmouth, New York University Press, European Science Foundation, 1992.

políticas; la fase B es de agitación o expansión de la conciencia particularista y patriótica hacia temas políticos, fuera ya de ambientes académicos e intelectuales; y la fase C es la de construcción de un auténtico movimiento popular o de masas. Un esquema ciertamente sencillo, y de excesiva rigidez, pero que puede ser útil como marco general para plantearse preguntas ulteriores. Así lo ha hecho este equipo, que además, y por fortuna, se ha distanciado de herencias conceptuales que pesaban sobre la obra previa de Hroch, como la búsqueda de clases sociales y revoluciones burguesas; pocos problemas, en verdad, se resisten con más éxito que el nacionalismo a emparejamientos con intereses de clase y transiciones entre modos de producción.

A partir de este esquema, pues, el estudio dirigido por Kappeler se plantea cuestiones tales como: ¿A qué llamamos propiamente élites, y cuál es la diferencia entre ideólogos, activistas y dirigentes políticos? ¿Quiénes fueron estas élites: a qué grupos sociales pertenecían, cuál era su procedencia geográfica y su profesión? ¿Cómo se habían formado y cuál fue la parte que tuvieron en esa formación las instituciones educativas convencionales? ¿Cómo se organizaron durante la pugna por la liberación nacional, qué estrategias adoptaron y qué objetivos persiguieron? ¿Cuáles fueron los canales y redes de comunicación entre ellos y con el resto del grupo étnico? ¿Qué mitos colectivos crearon y cómo los integraron en un argumento o ideología que condujera a reivindicaciones nacionalistas coherentes?

Un buen conjunto de preguntas, que el grupo de investigadores aplica de manera sistemática a distintos casos europeos: polacos, irlandeses, checos, ucranianos, macedonios, daneses en Alemania y alemanes en Dinamarca. Tras el estudio de casos, el libro compilado por Kappeler termina con una serie de trabajos comparativos (dos de ellos, a cargo de Hroch y Brunn, verdaderos coeditores del libro), mucho más sugestivos aún, que tratan de sintetizar y responder globalmente a las preguntas previas: procedencia social y geográfica de los grupos activistas, papel de las instituciones de enseñanza y de los canales de comunicación, rasgos de las organizaciones nacionales, proceso de creación de mitos históricos y su papel en el surgimiento de una coincidencia nacionalista.

España está representada por el estudio de Gerhard Brunn sobre las élites catalanas desde mediados del siglo XIX a comienzos del XX. Algún especialista local se sentirá feliz descalificando el trabajo por

pejiguerías tales como el hecho de que llame *Josep* a Cambó. Pero lo cierto es que el artículo de Brunn, que sigue otros publicados con anterioridad y poco conocidos en España, es de muy considerable interés: en vez de limitarse a la historia institucional del catalanismo intenta penetrar en la composición sociológica de las élites activistas, desde las últimas décadas del siglo XIX y la formación de la Lliga hasta la UFNR (en la que, por ejemplo, descienden notablemente los abogados y también la burguesía industrial y financiera y aumentan los comerciantes, periodistas, intelectuales y profesionales no juristas).

Desde el ángulo de la ciencia política histórica llega una obra más de Charles Tilly, no exactamente centrada en el nacionalismo, sino en el Estado y la movilización social, preocupaciones habituales de este autor, pero con importantes aportaciones sobre nuestro tema¹⁶. En su conocida línea weberiana¹⁷, el punto de partida es la necesidad de competir bélicamente, que llevó a los Estados a organizar ejércitos y flotas permanentes, reclutados entre, y financiados por, la población que caía dentro de su jurisdicción. En su necesidad de intensificar los sistemas de control sobre las actividades y recursos de sus súbditos, se vieron obligados a utilizar también la cultura. El poder se identificó con una tradición lingüística, artística e histórica, la que tenía más cercana o le resultaba más funcional, a la que otorgó prioridad sobre las restantes culturas existentes dentro de la unidad política; el sistema educativo estatal, las subvenciones públicas, las instituciones culturales y los símbolos colectivos se pusieron al servicio de la cultura «nacional». Así surgieron los «Estados consolidados» (interesante cambio de terminología de Tilly, que previamente hablaba de los «Estados nacionales»; nunca del «Estado-nación», término confuso porque expresa un programa, más que una realidad); «Estado consolidado» es «un poder amplio y especializado sobre territorios heterogéneos a cuyos ciudadanos se impone un sistema unitario fiscal, monetario, judicial, legislativo, militar y cultural».

El nacionalismo se convierte así en un doble fenómeno: por un lado, un esfuerzo del Estado, en proporciones hasta entonces desconocidas, por imponer una lengua, cultura, sistema educativo y, en de-

¹⁶ TILLY, CHARLES, *European Revolutions, 1492-1992*, Cambridge, Mass., Blackwell, 1993.

¹⁷ Renovada por POGGI, GIANFRANCO, *The Development of Modern State*, Londres, Hutchinson, 1978; o BREJILLY, JOHN, *Nationalism and the State*, Manchester University Press, 1982 (trad. al castellano: Barcelona, Ed. Pomares-Corredor, 1990).

finitiva, una lealtad uniformes; por otro, una relegitimación de ese mismo Estado en función precisamente de la existencia de esa población integrada en una cultura homogénea. Pero este segundo aspecto lleva a una consecuencia contradictoria con el primero: dado que el poder del Estado se incrementa de forma espectacular en los dos últimos siglos de la historia europea y que verse excluidos de tal poder representa una desventaja muy superior a lo que había significado en épocas anteriores, las élites políticas, económicas o culturales de culturas minoritarias o periféricas no se conforman ya con su anterior posición de *brokers* o intermediarios, sino que reclaman una parte del pastel estatal, o un Estado completo para ellos solos. De ahí que frente al nacionalismo dirigido por el Estado (*state-Led nationalism*) surjan los nacionalismos secesionistas, o aspirantes a crear un Estado (*state-seeking nationalisms*). El principio de la correspondencia entre un «pueblo» y un poder político proporciona tales ventajas al grupo que controla ese poder (y lleva a tales esfuerzos de asimilación e intolerancia respecto de las culturas minoritarias) que da lugar a la movilización contra el mismo por parte de minorías culturales excluidas de esas ventajas. «El *state-Led nationalism* generó el *state-seeking nationalism*.»

El planteamiento de Tilly no es nuevo, pero es claro y potente, especialmente desde el punto de vista de la movilización social y de los fenómenos revolucionarios. Aunque la unilinealidad del esquema deja al margen, como suele ocurrir en este autor, fenómenos culturales y simbólicos complejos; por lo demás, se aplica con dificultad a casos particulares, como demuestran las decepcionantes páginas que dedica a España.

Lo contrario, es decir, más exactitud en el estudio de procesos particulares pero menor potencia explicativa global, muestran historiadores más tradicionales, como los autores del volumen sobre la cuestión nacional en Europa ¹⁸, editado por Mikulas Teich y Roy Porter. Se trata de un buen conjunto de ensayos sobre los diversos países europeos (con un interesante capítulo sobre España, en que Simon Harton contempla el panorama desde la discusión intelectual del 98), pero curiosamente desinteresado por cualquier implicación generali-

¹⁸ TEICH, M., y PORTER, R. (eds.), *The National question in Europe in Historical Context*, Cambridge University Press, 1993.

zadora, como demuestran la pobre introducción y la inexistente conclusión.

Terminaremos, pues, con una referencia a la obra más ambiciosa de las aparecidas recientemente, que se presenta como continuadora de la fructífera escuela de sociología histórica que en su día se ligó al nombre de Barrington Moore: se trata del libro titulado *El nacionalismo. Cinco vías hacia la modernidad*, de Liah Greenfeld ¹⁹, que promete convertirse en la obra de la década sobre este tema, como el libro de Theda Skocpol fue el libro de los ochenta sobre revoluciones. En la introducción la autora no menciona a Moore ni Skocpol, pero declara que su obra se sitúa en la tradición sociológica de Durkheim, Weber, Toennies, Marx y Tocqueville, es decir, aquella que pretende entender y explicar el surgimiento de la sociedad moderna. La idea de la nación, añade –y ya es una toma de posición fuerte–, es en su opinión «el elemento constitutivo de la modernidad»; en vez de definir el nacionalismo por su modernidad, es la modernidad la que debe definirse por el nacionalismo: no sólo porque éste precedió el surgimiento de cualquier otro de los componentes de aquella, sino porque se ha convertido en el modelo cultural que ha guiado a la humanidad en el trance de la modernización, y por tanto el que ha hecho posible la integración social y la cooperación necesarias para la preservación de la especie humana durante esta etapa.

El enfoque es, como se ve, ambicioso. Quizá en exceso, y doble o triplemente. Pues, por un lado, y siguiendo una vieja costumbre, se toma por universal un modelo europeo. Por otro, se abarcan muy diversos fenómenos bajo el ambiguo término «nacionalismo»; según explica la autora, utiliza esta palabra como «paraguas» o concepto englobador en el que incluye la formación de la identidad nacional, su expansión entre el conjunto social, la ideología nacionalista (proadquisición o fortalecimiento de un Estado), el patriotismo como lealtad al país, e incluso la xenofobia. Por otra parte, el período abarcado es también excesivo: desde el siglo XVI hasta la actualidad, en principio. Y, por último, la amplitud del enfoque obliga a recurrir a niveles y fuentes muy variados: el vocabulario político usado en documentos oficiales y testimonios literarios, los datos básicos de la estructura social, los relatos históricos tradicionales, los análisis psicoló-

¹⁹ GREENFELD, LIAH, *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Harvard University Press, 1992.

gicos de la propia autora sobre el «resentimiento» -concepto clave- de las élites autóctonas...

Afortunadamente, todas estas pretensiones se reducen cuando se acude a los capítulos concretos del libro. Se trata, en realidad, de estudiar cinco casos (Inglaterra, Francia, Rusia, Alemania, Estados Unidos), lo cual no es poco, y, aunque no se diga explícitamente, sólo en el período de formación de la *identidad nacional* (siglos XVI-XVIII) y fundamentalmente a través del vocabulario político. Es, todavía, una tarea enorme, pero más abarcable. Para enfrentarse con ella, Liah Greenfeld utiliza una inmensa cantidad de fuentes, en cuatro lenguas, y demuestra poseer una capacidad de síntesis propia sólo de los grandes autores.

El caso inglés (no británico aún) se presenta como la primera identidad nacional europea, conectada a la tradición parlamentaria medieval, la revolución religiosa del siglo XVI y la política del XVII. Greenfeld estudia sólo el origen de la identidad inglesa, como hemos dicho, y en este caso se ven los inconvenientes. Porque justamente en 1992 ha aparecido también la obra de Linda Colley *Britons* 20, dedicada a la formación del patriotismo británico durante el siglo XVIII y primer tercio del XIX; época en la que las guerras y la lealtad a la dinastía son los factores cruciales. Pero al añadir estos datos a la obra de Greenfeld se comprende que habría que variar de manera importante algunas de sus optimistas conclusiones sobre la identidad inglesa; no todo era tolerancia y sentido de la libertad: también había mucho de xenofobia (antifrancesa, en la era de Colley; antiespañola y antiholandesa en la de Greenfeld), de orgullo imperialista y explotación mercantil de las colonias.

Francia merece un largo capítulo, en el que la autora sigue -en un relato realmente seductor- la evolución de la conciencia de la identidad francesa en tres etapas: como «hija mayor» y preferida del Dios cristiano; como «Estado» identificado con la monarquía absoluta de los Borbones y sus ministros-cardenales; y, finalmente, en los años de la revolución, como vía colectivista-autoritaria hacia la modernidad (opuesto al modelo individualista-libertario británico). Es especialmente sugerente el análisis del papel de la aristocracia a lo largo del siglo XVIII, en la preparación de la revolución; frente a la

20 COLLEY, LINDA, *Britons. Forging the Nation 1707-1837*, Yale University Press, 1992.

tesis, todavía dominante en ambientes historiográficos españoles, de la «revolución burguesa», Greenfeld expone la reconversión de las élites nobiliarias hacia la revolución nacional, como manera de asestar el golpe de la monarquía absoluta y de competir eficazmente con el vecino británico (del que, sin embargo, habían importado las ideas que sirvieron de base a la revolución misma). Una vez más, el lector se queda con la sensación de que el capítulo necesita continuación: el verdadero nacionalismo francés llega con la Tercera República, con la expansión colonial, las escuelas británicas, el *affaire* Dreyfus, la Primera Guerra Mundial. De nuevo, afortunadamente, tenemos las obras de Eugen Weber o Theodore Zeldin que han cubierto este período, pero sus conclusiones no siempre coinciden con lo que podría esperarse a partir de los presupuestos de Greenfeld.

El capítulo sobre Rusia es más breve, pero no menos atractivo. En este caso se trata de estudiar una zona europea periférica a la modernidad, cuyos dirigentes (políticos e intelectuales: los grandes zares reformadores del XVIII; la *intelligentsia* revolucionaria del XIX) intentan construir una identidad que saque al país del atraso. Es la ambivalencia ante la Europa avanzada, el «resentimiento» frente a Occidente, los debates entre eslavófilos y occidentalistas (tan familiares para españoles: casticistas y europeístas alrededor del 98)... La ausencia de los últimos dos siglos se deja notar con particular intensidad al final de este capítulo (quedan abiertas preguntas tales como el modo en que la revolución soviética enfocó el problema de la occidentalización o el eslavismo, y cómo logró prolongar durante setenta años más el sueño imperial zarista); y no hay, que yo sepa, libro que cubra la laguna.

Tanto como le seduce Inglaterra, parece molestar a Liah Greenfeld Alemania, y eso se deja sentir en el capítulo correspondiente. De esas cien páginas, es particularmente agudo su seguimiento de los intelectuales, como grupo social que también encarna el «resentimiento», pero esta vez dentro de su propio país: contra el dominio social de una aristocracia y contra la división y la impotencia política del conjunto. De ahí la ilustración y el romanticismo, la exaltación desmesurada de la razón y del genio artístico. La invasión napoleónica habría de catalizar ese resentimiento, y llevaría a los intelectuales alemanes a formular teorías claramente antioccidentales. Incluso el marxismo no sería, según la interpretación de Greenfeld, sino una culminación e inversión de toda esta evolución de la intelectualidad ger-

mánica, en el que la clase sustituye a la nación, el proletariado a Alemania y el capitalismo a Occidente. La interpretación, no hace falta decirlo, es unilateral, y de nuevo el lector piensa en su continuación (nazismo, antisemitismo), que de ningún modo se deduce de los planteamientos de la autora: si el contramodelo para la intelectualidad nacionalista alemana había sido Occidente, no se entiende, por ejemplo, por qué el chivo expiatorio en el momento de la culminación del proceso fueron los judíos, estereotipo de lo «oriental».

Por último, un capítulo más breve se dedica a Estados Unidos. Tiene menor interés, y se deriva en cierto modo del británico, lo cual quiere decir que es un nacionalismo de tipo individualista-libertario. La revuelta contra los ingleses se hizo en nombre de su propia ideología del respeto a la dignidad del individuo libre, que se extendió más tarde a los inmigrantes. Versión un tanto rosa del nacionalismo americano, no entra en aspectos tales como el racismo o las persecuciones de activistas «antiamericanos» durante la Guerra Fría. La discusión más interesante del capítulo se centra en el papel de los intelectuales en los Estados Unidos, aunque la conclusión de la autora, contraria a la conocida y hasta ahora bastante aceptada tesis de Eric Hofstadter sobre el antiintelectualismo típico de aquel país, contradice muchos de los datos a nuestro alcance.

A pesar a las objeciones expuestas -inevitables en una obra de tanta ambición- el libro de Liah Greenfeld reúne todos los ingredientes para convertirse en un clásico sobre el tema. Pese a acumular y comparar una cantidad abrumadora de material histórico, está tan bien trabado e inspirado por ideas tan brillantes y apasionadas que se disfruta sin cesar con su lectura. Pero no responde, a decir verdad, a su título. Su verdadero tema no es el nacionalismo, sino el *inicio* de las *identidades nacionales*; y sólo *en Europa*, con lo que deja de lado la importante cuestión del atractivo del modelo nacionalista sobre ex colonias que buscaban, precisamente, modernidad. Y es que la modernidad apenas aparece. Pese a proclamarse heredera de las más importantes líneas sociológicas, Liah Greenfeld en realidad presenta una tarea muy personal, en la que no tiene en cuenta muchas de las líneas de investigación comentadas al comienzo de este artículo: ni el Estado (y su papel en la formación de las identidades nacionales y las ideologías nacionalistas) ni la sociedad (procesos de industrialización y urbanización, creación de mercados culturales homogéneos, etc.) desempeñan un papel central en la obra; sí lo hacen,

en cambio, las élites intelectuales. En definitiva, es un trabajo de historia de las ideas, más que de sociología histórica, aunque en una línea, eso sí, colectiva -no de autores individuales-, comparativa y enormemente sofisticada.

Las sugerencias para el caso español brotan de cada capítulo, si no de cada página, de la obra de Greenfeld. Pero formalmente España está ausente. Una ausencia que es común a este y a casi todos los libros comentados ²¹, excepto en lo referente a nacionalismos periféricos de los últimos veinticinco años, que sí han suscitado la atención mundial. Pero hay también un nacionalismo español (sobre el que, quizá, unos no trabajan porque no reconocen su existencia y otros porque la reconocen tanto que lo consideran «natural» y no producto histórico), que mejor o peor ha servido de fundamento ideológico para uno de los Estados del Antiguo Régimen que consiguieron sobrevivir al choque de la modernidad. El libro de Greenfeld, pese a centrarse en la época en que la monarquía española era una potencia europea y mundial nada despreciable, no sólo no dedica un capítulo a España, sino que ni siquiera hay una entrada con tal nombre en el índice temático. La culpa no es de la autora, a la que no se puede pedir que maneje más de cuatro lenguas, sino de quienes no ponemos nuestro producto intelectual en el mercado internacional al alcance de los que, sin conocer el castellano ni, menos aún, otras lenguas hispánicas, desearían sin duda incluir datos sobre la Península Ibérica en sus análisis comparados.

21 Otras obras recientes sobre las identidades nacionales y sus causas son COAKLEY, JOHN, *Social Origins Of Nationalist Movements*, Nueva York, Sage Publications, 1992; MACDONALD, SHARON (ed.), *Inside European Identities*, Nueva York, Berg, 1993; y NELSON, BRIAN, *Idea Of Europe. Problems Of National and Trans-National Identity*, Nueva York, Berg, 1993.